



Para entender el contexto de la terrible ley dada por el Parlamento Europeo basta mirar un poco lo que está sucediendo en algunos países del otro lado del Atlántico. Por ejemplo, la Italia de Berlusconi IV, la visión del autor, reconocido periodista italiano, es de temer, y lo confirma un reciente artículo de *The Economist* en el mismo sentido. ¿Qué está pasando con el primer mundo occidental, cristiano y civilizado? Por suerte no son todos, y en cada país la doctrina está dividida.

BERLUSCONI IV, MUSSOLINI II

Paolo Moiola

Periodista

¡Ha regresado! ¡Ha regresado! Silvio Berlusconi, “el elegido del Señor” (así se autodefinió hace algunos años), ha regresado. Él, “Cavaliere”, el hombre de Arcore (su lugar de residencia), dueño de un imperio mediático, gobernará Italia por los próximos cinco años y probablemente por más tiempo. El 13 y 14 de abril de 2008, la mayoría de los italianos ha votado de nuevo por él, conquistados por sus mentiras y por su capacidad mediática. Así, por cuarta vez, el “Cavaliere” se ha convertido en primer ministro, confortado también por una mayoría parlamentaria sólida y, sobre todo, obediente a los deseos del Jefe.

En estos primeros meses de gobierno, la pregunta de los que no quieren (por conveniencia o por temor) ver la realidad ha sido: “A los 72 años de edad, ¿Silvio Berlusconi ha cambiado?”. La respuesta ha llegado veloz e inequívoca: el hombre no solamente no ha cambiado, pero es posible que se haya vuelto peor.

Una historia italiana

Al inicio de la década de 1990, Italia vive una revolución política de amplia importancia. Es la época de Bettino

Craxi (recordada por los amigos peruanos: es el hombre que junto a Alan García fue protagonista del escándalo del “tren eléctrico”). El primer ministro es amigo y adepto de Silvio Berlusconi, empresario milanés con muchos esqueletos en el armario (por ejemplo, la adhesión a la logia masónica secreta denominada Propaganda 2). Pero, en 1992, Craxi es abatido por la investigación judicial de “Manos Limpias”: Berlusconi se encuentra, de improviso, sin su protector.

Así, en 1994, para defender directamente sus propios intereses —en esa época amenazados por los proyectos de ley que apuntaban a reequilibrar el mercado editorial italiano y por sus graves problemas financieros (el riesgo era la quiebra)— Berlusconi anuncia, desde las televisiones, su “descenso al llano”.

Gracias a ellas logra ganar de inmediato las elecciones, pero su primer gobierno dura poco, embestido por las investigaciones de los magistrados y por el retiro de su aliado de la “Lega Nord” (el partido xenófobo nacido en las ricas regiones del Norte italiano), Umberto Bossi.

Durante su segundo (2001-2005) y tercer (2005-2006) gobiernos, Berlusconi hace aprobar una serie de leyes

para salvaguardarse y proteger sus propios intereses. Estas son llamadas, usando una locución latina, leyes “ad personam”, hechas no para el beneficio de la colectividad, sino de una sola persona, el jefe del gobierno. Un ejemplo es suficiente para entender la importancia subversiva y amoral de la revolución berlusconiana: es abolido el delito de falsedad de un balance, por el que el premier italiano está acusado en cinco procesos.

El siguiente gobierno de centroizquierda, guiado por Romano Prodi, nace muy débil para lograr anular las leyes “ad personam” y para poner fin a un conflicto de intereses sin par en el mundo.

La ley no es igual para todos

El IV gobierno de Berlusconi comienza de inmediato con ímpetu decidido, como conviene a un organismo que responde no a la ley, sino al Jefe-Dueño: Silvio Berlusconi. Mientras que la economía del país se hunde, entre los meses de junio y julio, el premier piensa en su guerra personal contra los magistrados, que a su decir “lo persiguen”. Vienen para tal fin elaboradas medidas de enorme alcance, que suponen la múltiple violación de la Constitución italiana además de la afirmación de una inusitada supremacía del Poder Ejecutivo. Se trata de la llamada “norma bloca-procesos”, el llamado “Laudo arbitral Alfano-Schifani” para los altos cargos, y la normativa en materia de interceptaciones telefónicas, a la que está ligada la restricción de la libertad de expresión por la media.

La norma Bloca-Procesos. Los procesos por delitos que prevén penas de hasta diez años serán suspendidos. Están incluidos todos los procesos por hechos cometidos hasta el 30 de junio de 2002, incluido –¡mira qué coincidencia!– el proceso que ve implicado a Silvio Berlusconi, acusado de haber corrompido (con 600 mil dólares) al abogado inglés David Mills, para que testimoniase en falso sobre hechos ligados a ingentes y candentes movimientos financieros de Berlusconi.

La norma sobre la inmunidad. La norma prevé que no puedan ser procesados por ningún delito los cuatro cargos más altos del Estado: el presidente de la República, los presidentes del Senado y de la Cámara y –last but not least– el presidente del Consejo de Ministros. Ningún delito por ellos cometido estará sujeto a sufrir procesos penales durante su permanencia en el cargo.

La norma anti-interceptaciones y anti-libertad de expresión. Finalmente, la tercera y última decisión, aquella sobre las interceptaciones telefónicas. Estas representan

un instrumento esencial en las investigaciones de las autoridades judiciales. El gobierno Berlusconi quiere limitarlas drásticamente porque –explica el patrón– violan la privacidad.

Nadie niega la importancia de la privacidad. Pero ¿vale más la privacidad o la necesidad de saber cuándo un individuo viola la ley y actúa contra los intereses de la colectividad y del Estado? En todos los casos, un personaje público está obligatoriamente bajo la mirada de los medios y del público. Es su obligación comportarse como su rol lo exige. En los Estados Unidos, país del que Berlusconi se declara admirador, los presidentes han soportado escándalos embarazosos (desde los micrófonos de Richard Nixon hasta el sexo oral de Bill Clinton con Mónica Lewinsky), ¡sin por esto pedir se cancelen las interceptaciones, ni la limitación de la libertad de expresión!

Luego, una vez más el verdadero objetivo es otro. Es el de eliminar la posibilidad de investigar sobre Silvio Berlusconi, que tiene miles de llamadas telefónicas incómodas y comprometedoras. El magnate italiano usa el teléfono para dar órdenes a sus hombres, esparcidos en casi todos los centros de poder.

Con estas disposiciones normativas el gobierno Berlusconi sanciona un principio increíble para un estado de derecho: en Italia, la ley NO es igual para todos.

El gran lingüista y escritor italiano Umberto Eco (autor, entre otros, del famosísimo *El nombre de la rosa*) ha dicho (2 de julio): “Cuando la mayoría sostiene tener siempre la razón y la minoría no se atreve a reaccionar, entonces está en peligro la democracia”.

Los italianos y la inmigración

¿Italia es un país peligroso? No, no más que otros. Es una nación donde hay menos delincuencia que en muchísimos otros países occidentales. Sin embargo, según el gobierno (y probablemente para la mayoría de los italianos, totalmente acrítica respecto de los hechos de prensa) la seguridad es un problema grave, cuya solución pasa sobre todo por establecer controles y restricciones para la inmigración. En resumen, se preanuncian tiempos difíciles para los inmigrantes en Italia.

Los inmigrantes. Antes de cualquier consideración, es importante dar la dimensión del fenómeno migratorio. Según los últimos estimados, los inmigrantes son 3,5 millones (el 5,8% de los residentes en el país), de los que más de 650 mil son irregulares. La más grande comunidad extranjera es la rumana. Entre los inmigrantes

latinoamericanos –aproximadamente 500 mil personas– prevalecen los brasileños, seguidos por argentinos, peruanos y colombianos. Los peruanos son entre 80 mil y 90 mil, de los que el 64% son mujeres.

Las nuevas normas tienen que ver con la concesión de la ciudadanía italiana luego del matrimonio; la inscripción en las municipalidades; los controles de las transferencias de dinero (*Money Transfer*); la detención en los Centros de Permanencia Temporánea (CPT), que pasa de 60 días a 18 meses. Pero el artículo más debatido es el que introduce el “delito de ingreso clandestino”: quien entra en Italia ilegalmente comete un delito; debe entonces ser arrestado y procesado.

El gobierno actúa en un clima en el que la mayoría de los italianos está a favor de restringir los espacios para la inmigración, no obstante que en muchos sectores de la vida cotidiana su trabajo sea indispensable (sin las empleadas peruanas o del Este de Europa, miles de ancianos y enfermos se quedarían sin asistencia). Por otro lado, la media italiana fomenta el clima de la caza del culpable, mientras sea un inmigrante.

Casi como si no bastara el clima de caza al extranjero instaurado en Italia, el 5 de junio (los ministros) y el 18 (los parlamentarios), la Unión Europea (que, como sabemos, incluye veintisiete países) ha aprobado lineamientos particularmente duros y restrictivos en tema de inmigración: hasta dieciocho meses de reclusión en los centros de permanencia temporal; prohibición de reingreso por cinco años; detención y expulsión también a los menores de edad.

Caza al Rom (gitano). Parece imposible creerlo, pero hay quien está peor que los inmigrantes. La última propuesta del gobierno de Berlusconi es el fichaje mediante huellas digitales de los 152 mil rom (gitanos) residentes en Italia, incluyendo a los niños, de inmediato rechazada por la Comisión Europea. Vale la pena recordar que los rom ya fueron fichados en el pasado, pero eran los tiempos de la Alemania nazi. El actual clima italiano es más bien favorable a todas las medidas racistas y xenóforas, y la propuesta del fichaje étnico encuentra consenso entre la gente.

El Vaticano, el Papa y Berlusconi

Italia es un país único en el mundo también porque allí existe el Vaticano, cuya influencia nunca ha cesado; más bien se ha reforzado en estos años de conflicto, llamado religioso (o presuntamente tal); conflicto de civilización y de lucha contra el terrorismo islámico (o presuntamente tal).

DO UT DES (loc. lat., doy para que des). La jerarquía de la Iglesia católica no ha amado jamás a Romano Prodi, el Presidente del Consejo, católico devoto (y no divorciado, como sí lo es Silvio Berlusconi), pero demasiado independiente para gustar al Vaticano.

El 29 de mayo, el papa Ratzinger habla (muy rápidamente) de un nuevo clima político en Italia: “Observamos con especial alegría las señales de un clima nuevo, con más confianza y constructivo”. Luego, el 6 de junio recibe con gran pompa a Silvio Berlusconi. El presidente del Consejo se inclina para besar el anillo papal y luego promete lo que el Vaticano espera. En latín, se llama “do ut des”.

La media del Vaticano. El Vaticano pide a su propia media alinearse o, más bien, no importunar mucho al operador. *L'Avvenire*, el cotidiano de la Conferencia Episcopal italiana (CEI), por un lado minimiza las controvertidas disposiciones del gobierno de Berlusconi, mientras por otro, presiona para la adopción de la agenda política vaticana (financiamientos a los colegios católicos, campaña contra leyes del Estado italiano no gratas, etcétera).

Finalmente, también la Iglesia católica (su sector más progresista, desde hace un tiempo minoritario) se ha visto obligada a intervenir, criticando – mejor tarde que nunca – algunas de las medidas del gobierno de Berlusconi. Pero, en general, el comportamiento de las jerarquías vaticanas resulta inadmisibles, aun si a la mayor parte de los católicos italianos les va bien así, porque la Iglesia tiene siempre la razón. Y quien no está de acuerdo es un peligroso laicista o peor, un sin-dios.

La economía enferma de un país enfermo

La economía mundial vive actualmente una pesada crisis, debida a varios factores estructurales. Además de este contexto internacional desfavorable, Italia presenta además vicios congénitos, que influyen pesadamente sobre la situación económica del país. Estos son esencialmente tres: la existencia de una evasión fiscal enorme (por ejemplo, los trabajadores dependientes deben declarar todas sus rentas al fisco, mientras que los trabajadores independientes, los comerciantes, las empresas y los profesionales declaran en promedio rentas de hambre, porque tienen mil maneras de evadir y quedar impunes); la existencia de una gigantesca economía sumergida que escapa al Estado (y que con frecuencia usa mano de obra extranjera ilegal); y, el dominio económico de las mafias en muchas zonas del país (la “*endrangeta calabrés*”, la “*camorra napolita-*

na”, la “mafia siciliana”), mafias que desde siempre son genéticamente cercanas a la derecha.

El Ministro de Economía es Giulio Tremonti, el contador de Silvio Berlusconi, famoso por su sarcasmo y su fantasía utilizada para falsear los datos y para echar la culpa de los padecimientos económicos italianos a los demás (a los gobiernos de izquierda, a Europa, a la China, a los inmigrantes, etcétera). La filosofía operativa de Tremonti se puede resumir de la siguiente manera: basta con el Estado social modelo europeo; se necesita un Estado ligero, que apoye a las empresas y que ayude solamente a las familias con las rentas más bajas. Se trata del llamado capitalismo compasivo, que se inserta en un sistema económico dominado por el libre mercado en el que el Estado y sus instituciones están siempre después del individuo. El Estado debe de ese modo intervenir solamente en forma de subsidio.

La rendición de los periodistas

El periodismo italiano ha cambiado completamente, y no para mejor, desde que Silvio Berlusconi ha entrado en la política. La casuística es muy amplia, pero basta solo algún ejemplo para entender qué cosa queremos decir. Bruno Vespa es uno de los más conocidos periodistas italianos, famoso no tanto por su calidad sino porque su programa –“Porta a Porta”– es una cita fija en el canal RAI, el más importante canal italiano de televisión. Bueno: Bruno Vespa es desde siempre un entusiasta admirador del presidente Silvio Berlusconi. ¿De dónde le viene esta pasión por el magnate italiano? Ciertamente, por ser un innato subalterno de la fascinación por el poder. Pero también otras razones encuentran allí un espacio.

Quizá porque el periodista Vespa escribe regularmente en la revista *Panorama*, un semanario de propiedad de Silvio Berlusconi. O quizá porque el periodista Vespa publica sus libros (por lo menos uno al año) con la Mondadori, la principal empresa editorial italiana, propiedad de Silvio Berlusconi.

Está el *Corriere della Sera*, primer diario italiano, cuyos principales editorialistas –Angelo Panebianco, Ernesto Galli della Loggia, Pierluigi Battista, Piero Ostellino, Massimo Franco– son todos berlusconianos, más o menos famosos. La tesis de ellos es muy simple: el problema de Italia no es Berlusconi y su gobierno, sino ¡el antiberlusconismo!

Por la parte de la (timidísima) oposición, está solamente *La Repubblica*, segundo diario italiano, y otros medios pequeños, que alcanzan a sobrevivir con dificultad. La situación es tal que los pocos periodistas antiberlusconianos se han

convertido en íconos para los que no se quieren rendir al berlusconismo desbordado. Un nombre entre todos: Marco Travaglio. No –nótese bien– un periodista de izquierda, pero un periodista que lucha por la legalidad, el respeto de las leyes, la justicia igual para todos. Todo lo contrario al mundo personificado por Silvio Berlusconi.

Aparte de esto, los italianos leen poco y son influenciados sobre todo por la televisión, que, como hemos visto, está –directa o indirectamente– en las manos de Silvio Berlusconi, uno que de canales de televisión y de publicidad entiende bastante.

“La ley soy yo, el pueblo soy yo”

En este rápido *excursus*-digresión sobre la deriva italiana, no hemos tenido modo de hablar de las relaciones entre Italia y el resto del mundo. Seguramente tenemos el hecho de que la gran mayoría de países miran a Roma con estupor y preocupación. Excluidos los Estados Unidos, por lo menos hasta noviembre de 2008.

Silvio Berlusconi se ha jactado siempre de su amistad y sintonía con George W. Bush, presidente saliente de EUA. Ahora ha declarado ser *fan* del candidato republicano John McCain. ¿Cómo así? “Porque así en el G8 no seré el más viejo”, ha dicho el Premier italiano, famoso por sus intervenciones que ponen incómodos a todos (excepto a sus serviles). Barack Obama, candidato demócrata, no debe haberla tomado como una broma; tanto que en su viaje europeo de julio no ha previsto hacer escala en Roma.

No es muy profesional cerrar estas reflexiones con la confesión de sentimientos de uno, irracionales como solamente los sentimientos saben ser. Pero creo que en esta circunstancia yo puedo ser perdonado.

Nosotros, los antiberlusconianos, no entendemos, o quizá no queremos entender. No entendemos por qué a la mayoría de los italianos les pueda gustar que en el poder esté un hombre acostumbrado a vivir y actuar por encima de la ley. ¿Quizá porque cada uno quisiera ser justo como él: rico, astuto, *play boy*, telegénico, intolerante a cada regla? ¿Quizá porque es bello identificar claramente los culpables de todo? Sí, son justo ellos los responsables de este clima de miedo y de la crisis económica: son los inmigrantes, son los gitanos, son los homosexuales, son las prostitutas, son los comunistas.

Pero lo que más nos hace daño es la tristeza y el desconsuelo que nacen cuando te das cuenta de que tu indignación es inútil. El *Financial Times*, diario ciertamente no sospechable de ideas izquierdizantes, el 26 de junio titulaba así un editorial sobre Italia: “Oh no, not again”.